

# Un país de rehenes

Luciano Sanguinetti

---

Escribo este editorial a pocos días de un hecho que conmocionó a la opinión pública. En una ciudad del interior de la provincia de Buenos Aires, un grupo de delincuentes intenta el robo de un banco; en el proceso utilizan a circunstanciales clientes y a dos directivos como rehenes para obtener el botín. Es una verdadera *tarde de perros*. Luego de arduas e infructuosas negociaciones, en las que interviene personal policial y periodistas, los delincuentes sueñan una fuga de novela. Lo hacen en un auto; los rehenes son usados como escudos. Pero la policía de la provincia de Buenos Aires no leyó esta historia y dispara a mansalva. Resultados: dos rehenes muertos, uno herido de gravedad. De los asaltantes, dos mueren por las balas policiales y el otro se suicida en la cárcel días después.

El periodismo ha tenido otro día de gloria. Desde el mediodía la cobertura periodística sigue el *in crescendo* de esta estructura dramática clásica. La seguridad es el segundo tema de preocupación de la sociedad, según el registro de las encuestas preelectorales. Tan significativa es que un candidato a gobernador ha manifestado poco tiempo atrás que «hay que meter bala a los delincuentes». En las intermediaciones del banco, el clima es irrespirable. Tenso, pesado. Los medios transmiten en directo el diálogo con los secuestradores. Es un diálogo áspero, crudo, de un realismo paradójicamente cinematográfico. Sentado cómodamente en mi casa frente a la pantalla, tengo una sensación extraña. El delincuente que habla con el periodista parece no saber o no comprender que lo están escuchando varios millones de personas. Ni siquiera parece conocer

al periodista que lo entrevista, uno de los más famosos de la televisión argentina. Me pregunto ¿en qué país viven?, o mejor dicho, ¿en qué país vivo yo? Por supuesto, los delincuentes y los que no lo somos no compartimos la misma Argentina. ¿Pero cuántos conciudadanos que no son delincuentes comparten el país en que vivo?

## *Periodismo en los medios*

---

Llamamos Periodismo al oficio de informar, es decir, de dar forma a lo que pasa públicamente relevante. A días de una nueva transición democrática en la Argentina, se ha instalado dentro de este campo la crítica más profunda y generalizada de la política, actividad que aparece en un sentido común construido por los periodistas como el ámbito de lo funesto, lo oscuro, lo corrupto. Contra lo que demuestran a primera vista las encuestas en lo reducido del voto en blanco, los periodistas presentan a la política responsable de la falta de participación, apatía, descrédito, de la crisis moral e ideológica de la Argentina.

Ciertamente, la política ha cambiado en los últimos años, pero menos por la acción de sus actores más destacados, que por el efecto de la sociedad que se transforma. Políticos de diferentes orientaciones caracterizan la transformación de la esfera pública moderna a partir de la crisis de las grandes mediaciones de la modernidad.

De los partidos políticos clásicos y sus liderazgos absolutos, a agrupamientos fragmentarios y coyunturales. De las identidades fuertes con bases culturales prácticamente inmóviles, a procesos complejos que atraviesan clases y tradiciones en el marco de relocalizaciones culturales e identidades mundializadas. De los espacios públicos legitimados por la movilización social, a nuevas formas de la política que responden más a una lógica de la heterogeneidad y circunstancialidad fuertemente marcada por los medios. De la centralidad del Estado, a formas de participación y ejercicio ciudadano que no se limitan a lo político, o mejor dicho, que no ven en lo político la única vía de representación.

En estas transformaciones que señalamos, el oficio de informar no sale indemne. Se me ocurre que hay

tres cuestiones que podemos distinguir y que nos obligan a ciertas reflexiones.

La primera parte de la premisa es que el periodismo argentino ha alcanzado una independencia profesional probablemente inédita, independencia del gobierno de turno pero no de los intereses en juego. Desregulaciones mediante y afianzamiento del proceso democrático, la prensa goza de cierta invulnerabilidad con respecto al sistema político que aleja toda posibilidad de chantaje. En dicho proceso, la prensa argentina ha adquirido un prestigio social que probablemente tenga más que ver con la defección de las otras instituciones que con los propios logros, sin dejar de reconocer las excepciones.

La segunda cuestión surge de constatar que la política, aquello que refleja el interés común, ya no se desenvuelve en los espacios públicos, sino principalmente en la televisión. Este tránsito de la plaza a la pantalla, como dijo María Cristina Mata, no sólo implica un cambio en la lógica discursiva, estética, sino también social y estructural. Porque *lo público* hoy se desarrolla dentro de las normas que impone el espacio privado, el de los Medios.

La tercera tiene un componente socioeconómico básico. La sociedad se fragmenta en el proceso de concentración económica. Desempleo, inseguridad, fragmentación cultural son parte constitutiva de la trama social cada vez más heterogénea e injusta.

La visibilidad de los actores sociales es inherente al sistema público político. Néstor García Canclini habla de un *juego de ecos*, en el que los medios reconstruyen aquello de lo que habla la sociedad y en donde, como en una reverberación, se cruzan los diálogos informales de la calle, de la familia, del trabajo, de las encuestas, de la opinión de periodistas y dirigentes. En ese juego de voces que se intersectan, lo que preocupa es la difusión en los medios de un diálogo de sordos, o peor aún, de una voz que en su lejanía no logra hacerse entender, ni sabe a quién le habla.